

La curiosidad por los orígenes en lo contemporáneo

A ojos de los modernos contemporáneos ha sido popular la idea del ayer en su relación con el desarrollo de la experiencia humana, o si se prefiere la conexión entre lo actual y sus orígenes.

MONTSERRAT HUGUET

La gente moderna –a diferencia de la antigua– siempre ha querido saber. Saber aunque fuese bajo cierta condición dogmática, a propósito del proceso de formación de la especie y del hombre, de la evolución de los estilos artísticos en el origen del Arte, de la elaboración meticulosa del pensamiento e incluso, saber sobre los inicios verdaderos de la así llamada cultura moderna. Si el hombre descendía o no del primer simio ocupó una parte de los sermones dominicales de los clérigos, andada la fama de la evolución de las especies, y también de la prensa en el último tercio del siglo XIX, pues se consideraba imprescindible conocer la verdad a propósito del origen de la especie:

“He aquí lo que nos cuentan: que el hombre, a quien Dios otorgó dominio sobre los pájaros y las bestias y los peces de la mar, en realidad descende de ellos, de manera que el primer simio se puso en pie sobre las patas traseras de un mamut y que, cuando perdió el pelo, allí estaban Abraham e Isaac y, Dios se apiade de sus almas, el mismísimo Jesús”¹.

Igualmente, la naturaleza original de las personas podía entenderse de manera contradictoria tan solo introduciendo en ella el factor de la época moderna:

“Durante un siglo (el XIX), los predicadores se habían quejado de que las personas no eran personas, sino seres infrahumanos y diabólicos, porque bebían y se peleaban, fumaban, iban con las mujeres y se olvidaban de la Iglesia. Mas desde los días de la guerra había surgido en América una secta que predicaba con igual celo que la mayoría de las gentes no eran personas, sino seres infrahumanos y hasta bautistas, porque no bebían lo suficiente, no iban con las mujeres, ni se peleaban (...)”².

El trabajo sistemático en la indagación en los orígenes de las cosas y los seres vivos acabaría convirtiéndose en un fin en sí mismo.

DESDE LOS COMIENZOS

Las disciplinas académicas parecían huérfanas sin su particular historia, como si la Medicina, el Arte, o la Civilización carecieran de sentido si no iban precedidas de sus particulares relatos a propósito de su formación en tanto disciplinas. La curiosidad por los orígenes era un asunto central para científicos y académicos, pero también para las personas curiosas, que buscaban en los antecedentes biográficos, por ejemplo, la razón de la grandeza o miseria de la gente común y de la más relevante en la escena pública. Con respecto a Darwin, y en un texto de nuestros días, leemos lo siguiente:

“Uno de sus abuelos fue Erasmus Darwin, el poeta, médico y pensador evolucionista prematuro. El otro fue Josiah Wedgwood, el famoso ceramista. Ambos realizaron notables contribuciones a la revolución industrial y desempeñaron un papel esencial en el extraordinario florecimiento intelectual

¹ Edgar L. Doctorow: *El arca de agua*, op. cit, pág. 185.

² Sinclair Lewis: *Ann Vickers (cárceles de mujeres)*, Barcelona, Paneta, 1971, pág. 200.

del siglo XVIII. Un árbol genealógico tan excepcional siempre despierta comentarios, de modo que entre los historiadores se ha popularizado hace mucho la práctica de rastrear parte de la ingenuidad personal de Darwin en estas dos figuras antepasadas suyas”³.

Poniendo sobre el papel el nacimiento del sujeto en el seno de una intelectualidad económicamente acomodada se ha creído estar dando sentido a la singularidad de Darwin. Seguramente, de haber sido Darwin –reconocido triunfador de la ciencia– un sujeto desclasado y sin recursos familiares holgados, también se habría indagado en sus orígenes en este caso, para concluir quizá que la genialidad de sus propuestas estuvo favorecida no por el apoyo del grupo sino por el énfasis que puso el científico en romper las barreras de clase.

La necesidad de atisbar en el comienzo, en el origen de cada experiencia, se fue haciendo hueco en la mentalidad popular occidental de la época de la razón. Así, el árbol genealógico de una familia campesina, trazado sobre un pliego de buen papel certificado por el párroco local, o el álbum de fotografías que recogía natalicios, bodas y defunciones, fijaban la naturaleza, el sentido de ser del individuo en la colectividad, elevándole por encima de quien no tenía oportunidad de trazar –y fijar en la herencia– sus propios orígenes. Los registros: documentos o fotografías, se guardaban como oro en paño en la dependencia principal de las casas. Era habitual contemplar las paredes sembradas de retratos enganchados con un recio cordel, paredes que eran el paño siempre dispuesto a albergar nuevos retratos de hijos en actividades militares o civiles y de los nuevos parientes que a su vez serían origen de los siguientes.

QUÉ ORIGINÓ AL HOMBRE ELEFANTE

La curiosidad por los orígenes poblaba las conversaciones locales de la gente. Entre los temas más habituales: de dónde era uno, de qué familia provenía, si se había desplazado a la localidad en tal o

cual época, si en el horizonte del ayer había habido riquezas luego desvanecidas por circunstancias imprecisas, trampas en los juegos de azar e incluso romances de memoria turbia. Solo hay que acercarse a las novelas europeas y en especial a los autores de tinte victoriano para topar con este gusto amplio por calibrar minuciosamente el origen de las personas y de las cosas con las que se trata a diario. A finales del siglo los relatos del nunca suficientemente alabado Thomas Hardy permiten comprobar que, pese a no pertenecer a un linaje noble, a los ingleses de finales del siglo XIX les gustaba indagar, saber y rubricar con minuciosa atención la huella familiar (de los orígenes) propia y ajena, tanto en sus documentos como en las conversaciones vecinales. Nada más inconveniente por aquellos días que ser un forastero en una localidad europea cualquiera, y no solo de la Gran Bretaña. Sobre el forastero, de cuyos orígenes se carece de datos, recae la sospecha y el recelo.

Tomando el origen del individuo como causa de su estado actual, en su autobiografía, Joseph Carey Merrick, más conocido popularmente como el *Hombre Elefante*, ve la razón de sus malformaciones físicas en la acción protagonizada por su madre que, estando embarazada, topó un día con un elefante de un circo. El afán de este desdichado personaje por entender él mismo y explicar de paso a sus coetáneos el origen de su trágica deformidad le lleva hasta el día en que su progenitora tuvo el fatal encuentro: “Vine al mundo el 5 de agosto de 1860. Nací en Lee Street, Warf Street, Leicester. La deformidad que ahora expongo ante ustedes es la consecuencia del gran sobresalto que provocó a mi madre un elefante. (...) Esto, que ocurrió mientras estaba encinta, fue la causa de mi deformidad”⁴.

EL PRINCIPIO DEL INDIVIDUO EN SOCIEDAD

Que la narración era el vehículo que materializaba el tiempo de la experiencia humana fue sin duda un descubrimiento contemporáneo de relieve. Los y las novelistas del XIX intuyeron con gran acierto

³Janet Brownne: *Historia del origen de las especies*, Barcelona, Debate, 2007, pág. 20.

⁴Michael Howell y Peter Ford: *La verdadera historia del Hombre Elefante*, Madrid, Turner, 2008, pág. 279.

la relación entre ambos extremos, narración y tiempo vivido, por lo que afinaron los mecanismos adecuados al establecimiento del vínculo entre ambos. Había orígenes como causas (trama), pero sobre todo hechos en apariencia azarosos. Todos estos elementos ofrecían a los personajes una red elástica, si bien delimitada, señalándoles su lugar preciso en ella y la corporeidad adecuada para convertirlos en seres temporales. Las novelas pretendían actuar como metáforas (no siempre edificantes) de la vida, con sus múltiples estratos de acción, tiempos, incertidumbres y sujetos ordenados según la jerarquía del prestigio, del poder o incluso de la mera vicisitud ocasional.

Ya en un terreno más práctico, aquellos autores de largos y complejos relatos vieron con claridad que, para que el público los aceptara, a los personajes de sus historias había que presentarlos convenientemente en el propio inicio del cuento, indicando de quién eran hijos, dónde se habían criado, si sus padres habían hecho o perdido fortuna, incluso si en las ramas más lejanas del árbol genealógico la familia del personaje había emigrado de un país a otro, del continente a las islas, o del campo a la ciudad. Al lector parecía agradarle estar al cabo de este tipo de menudencias periféricas (orígenes) que no siempre tenían por qué ser esenciales en la trama.

Las ciencias sociales en sus inicios⁵ se preguntaban sobre el origen del individuo en sociedad y también sobre los prolegómenos de las organizaciones sociales, el nacimiento del sistema de creencias –mitos y religiones–, el principio de las civilizaciones, o incluso sobre los males y humores que aquejaban a los organismos sociales, como si estos fueran órganos dañados. Las principales escuelas de sociología en el siglo XIX, ocupadas en el entendimiento de los aspectos sociales del cambio histórico, designaron al estado-nación como la unidad primordial de estudio. Así, las teorías sociales se construirían sobre lo tomado por originalmente moderno, que contemplaba una

forma de aproximación al estudio del territorio, sus gentes, las fronteras, o la administración o, lo que es lo mismo, las condiciones iniciales consideradas fundamentales para la vida en sociedades modernas.

EL TEJIDO PRIMIGENIO

La moderna idea de que el hombre es fruto de una materia básica, el *tejido primigenio*, tuvo en su día muchos seguidores, en el contexto mencionado del afán por indagar sobre los orígenes de la vida y de las especies que habitaban el planeta. En esta cuestión convergían misterio, intriga y controversia además de un amplio derroche de tiempo y energía particularmente presente en las clases medias en ascenso. El doctor Lydgate, el médico del relato *Middlemarch* de George Eliot, aspiraba a la práctica de la medicina desde una perspectiva intelectual, a un trabajo de investigación en el laboratorio y mal pagado, desdeñando con ello el clásico deseo de gloria y fortuna económica de los médicos locales⁶. Este personaje es el fruto de aquellos pioneros de la segunda mitad del siglo XVIII que, como Bichat, investigador francés heredero de Dessault, fundamentaron su trabajo en la búsqueda del así llamado tejido primigenio del cuerpo humano⁷.

Por supuesto que el señor Darwin tuvo su parte de responsabilidad en este deseo moderno referido a la disección de la vida y la búsqueda de sus orígenes. Como hombre a caballo entre dos épocas, el naturalista británico no hizo sino abanderar la tendencia a la moda. Las polémicas entre fe y ciencia –muy populares dichas diatribas– expresaban que el asunto de los orígenes de la vida humana estaba también en el centro de las inquietudes de la gente corriente. Las feligresías de las parroquias escuchaban los sermones dominicales al respecto, en los que los pastores y los curas se rasgaban las vestiduras ante la sola suposición de que el hombre no hubiera sido el fruto de una acción creadora directa de dios.

⁵ Ensayo sobre sociología e historia, el trabajo de Santos Juliá: *Historia social/sociología histórica* (1989), Madrid, Siglo XXI, 2010.

⁶ George Eliot: *Middlemarch (Middlemarch, a Study of Provincial Life 1871-71)*, Madrid, Cátedra, 1993, pág. 848.

⁷ X. Bichat: *Anatomía general aplicada a la fisiología y a la medicina*, 4 volúmenes, 1801.

El acercamiento entre ciencia y razón –que no el entendimiento entre ambas– a propósito del inicio de la vida (o la Creación) era verosímil solo en el compromiso de que la vida no fuera un tipo de sustancia originaria, sino la contingencia: el efecto del cambio contingente que provoca la aparición de formas nuevas y complejas de un modo meramente accidental. ¿Y si el plan original de Dios hubiera sido precisamente el azar y la contingencia? El esfuerzo de siglos de observación, análisis y clasificación podría haber dado como resultado útiles taxonomías de las formas de vida o sistemas, incluso muy prácticos a la comparación, pero no podía explicar los mecanismos que anticipaban las mutaciones descritas, pues dichos artilugios correspondían tan solo a la voluntad de Dios.

EL GABINETE DE LAS MARAVILLAS

El deseo de estudiar, sistematizando, los orígenes de lo visible y lo invisible produjo entre otras cosas el enorme vicio de acumular objetos, fuente a la larga de conflictos entre dueños más o menos legítimos del patrimonio referido. Los objetos se estudiaban y se preservaban a modo de vestigio del pasado, del Origen. La congestión de la *fábrica* se materializaría en urbes cuajadas de edificios, en espacios campestres atestados de maquinaria fabril, en el paisaje atravesado por vías e infraestructuras apelmazadas e incluso en el hecho recurrente de la aglomeración de las personas, una tendencia moderna que parecía aludir al horror al vacío: la naturaleza *perfeccionada* por obra de la fábrica.

Acumular objetos fue siempre un símbolo de la preeminencia en la sociedad, del estatus público, registro inveterado de los éxitos personales o colectivos en la mayor parte de las culturas de las que se guardan vestigios y testimonios en la historia. Los objetos, que en un principio facilitaban las tareas más sencillas de la vida, se acumulaban luego para señalar un presente próspero, también a modo de referente de la dignidad o el esplendor acumulado durante generaciones, o como moneda de cambio con el fin de garantizar un futuro bienestar. La fábrica humana de los últimos tres siglos

es desde luego inmensa en volumen, y escalofriante por lo que se refiere a su ocupación y explotación del territorio.

En cada época nada podía ser considerado más moderno sin duda que la fabricación o la adquisición de un objeto nuevo, distinto a cualquier otro antes visto o poseído. En la cultura occidental, los museos, bajo la denominación variopinta de *gabinetes de maravillas* o de *muestrarios de obras valiosas*, dan fe de ello, pues fueron concebidos como lugares que, desprovistos de las señales que delatan la experiencia de cada individuo, atesoran el valor de cuanto en cada tiempo se ha considerado un signo de modernidad, singularidad, novedad..., o la sencilla expresión de un cambio.

Entre el objeto y la mirada de su observador se fraguaba una relación admirativa: primero de diferenciación y luego de reconocimiento, al hilo del ejercicio de comparación entre lo ajeno y lo propio, entre aquello y esto. En la *Era de las Maravillas*, que es como se conoce la época de la historia inglesa entre los siglos XVII y XVIII, el público observa cada día asuntos prodigiosos, que tienen que ver con el descubrimiento de nuevos aspectos de la historia natural y humana, con los fenómenos de origen atmosférico o la vida tribal *originaria* de otros continentes⁸.



MONTSERRAT HUGUET ES HISTORIADORA, PROFESORA DE LA UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID.

⁸ William E. Burns: *An Age of Wonders: Prodiges, politics and providence in England, 1657-1727*, UK, Manchester University Press, 2002, págs. 57-124.